

que aquí ni se hace nada, ni se ve lo que se hace. A cambio, si nos podemos tragar la serie televisiva de Raphael sin que se pueda rechistar.

De todas formas, si las razones de retirada de película no son realmente «técnicas», tendremos un síntoma terrible sobre la decadencia del cantante. Y no es que a uno le importe mucho su trayectoria profesional. Pero cuando un síntoma se desmorona, algo de su base pierde fuerza. Y en este sentido, el enigma que rodea la prohibición de «Rafael en Raphael» deja de ser una anécdota para enriquecer la película con nuevos datos sociológicos. Ahí es nada. ■ GALAN.

PRENSA:

El futuro es de Jaime Peñafiel

Mientras llegan o no llegan los nuevos tiempos que se acercan para la Prensa (canallesca o no), el futuro ha comenzado ya para la Prensa del Corazón y la Placenta, que se está de entrada poniendo las botas. Nunca han tenido los reporteros del corazón tantos Rainieros, tantas Alejandras, tantas Beatrices, tantas ilustres damas y caballeros que llevarse a la Rolleiflex y al magnetofón de bolsillo Philips (no Mark Philips, sino Philips Sociedad Anónima, qué le vamos a hacer).

Para José Oneto y para Lorenzo Contreras; para Angel Gómez Escorial y para Wifredo Espina; para Ramón Pi y para Pedro Crespo; para Luis Apostúa y para Miguel Platón; para Luis Blanco Vila y para Argos... Que nos perdonen si olvidamos alguno (ay, con el ay, que se nos olvidaba Pedro Rodríguez Colmena), pero para los cronistas de la Prensa del Corazón Político las cosas van más despacito. Por ahora sólo se pueden solazar en el color de una camisa, en una frase que no se dijo, en un avión que no aterrizó en Barajas...

Los del corazón, en cambio, están que no paran. Les faltan carretes de color para retratar uniformes de maestranes, grandes cruces y capas latinoamericanas.

Jaime Peñafiel, hijo, le vas a sacar a las mujeres más que Amando de Miguel, que se cree el tío que «El miedo a la igualdad» va a ser un best-seller, cuando lo que de verdad está vendiendo es la «Sociología del franquismo». Jaime Peñafiel: el futuro es tuyo. Me ha dicho a mí Julián Cortés

Cavanillas, que de esto sabe un rato, más que Juan Balansó, que no hay quien te quite el próximo premio «Cavia». ■ F. O.

TVE:

Julio Iglesias, juglar del cambio

La historia de España, y si no que se lo pregunten a Basilio M. Patino, no la escribe Ricardo de la Cierva, sino cada día el anónimo autor de la letra de una canción. Desde que «Mi jaca» sirvió de fondo a los primeros paños de la ensalada de tiros del 36, cada momento de nuestra historia contemporánea ha tenido su canción. ¿Qué hubiera sido del pan moreno sin la niña que se miraba en

el río de la canción de doña Concha, lo desagradecida que es la gente y lo olvidada que la tienen los gays de ahora? ¿Qué hubiera sido de los primeros tecnócratas sin la voz de guateque que nos aseguraba que a lo loco, a lo loco se vive mejor? ¿Cómo hubiéramos podido alcanzar los dos mil dólares, o los que fueran, de renta per cápita sin desganitarnos con la Massiel, que entonces estaba más despolitizada, cantando el lalalá? En la historia de España contemporánea hay un momento para cada canción y una canción para cada momento. Y un Bonet de San Pedro, un José Luis y su guitarra, una Elder Barber, una Mari Paz, una Juanita Reina, unos Sirex, un Machín, unos Bravos, unas Hermanas Fleta que, como hubiera dicho don Bartolomé Mostaza en la Escuela Oficial de Periodismo Cañí, se iban convirtiendo en cada momento en notarios de la actualidad, en

amas secas de la leche que iba mamando el sistema.

A este momento de cambio, de expectativa, de madurez (sigan ustedes poniendo aquí las cosas que acaban de leer a Pedro Calvo Hernando y a Josep Meliá, venga, échennos una manita que no vean el trabajo que tenemos los periodistas con esto de la primera piedra de la nueva era, que nosotros somos los que tenemos que dar los discursos y los otros muy ricamente agarrados al sillón para no perderlo); a este momento de la ocasión la pintan calva, decíamos, le faltaba su juglar, su Estrellita Castro sin rizo, su doña Concha sin maricas, su Machín sin maracas, su Bonet de San Pedro sin bigotito imperial, su Elder Barber sin guerra de Ifni al fondo, sus Sirex sin escoba, su Juanita Reina sin lazo de dama de Isabel la Católica.

El juglar ha llegado de la mano de TVE y del programa «La hora de...». Esta hora crucial no podía pasar sin su juglar. En las pantallas de TVE, la hora de España ha sido «La hora de... Julio Iglesias». El de «La vida sigue igual». ■ DESPEÑAPERROS.

Paco Camino, Fraga y la temporada de América

El Niño Sabio no quiere cobrar diez millones de pesetas por torear seis corridas en América: una en Quito, mano a mano con Palomo; dos en Bogotá, dos en Cali y una en Cartagena de Indias. El Niño Sabio dice que está lesionado, que por eso no puede ir a cumplir los contratos que tiene firmados con los hermanos Lozano, que son los que parten el bacalao en esos cosos de allende el charco donde asesinaron a Allende.

A este revistero le parece muy bien que Paco Camino no quiera ir a torear a América. Desde que murió Joselito el Gallo no ha habido realmente toreros españoles que le saquen partido a la temporada americana. Pero, por el Señor del Gran Poder, que no diga que no quiere ir por estar lesionado. Paco Camino no quiere ir a torear a América porque tiene que estar aquí para labrarse un porvenir. Si el futuro llama a su puerta y le coge dando mantazos en Cartagena de Indias, ¿qué va a hacer?

Este revistero estaba el otro día en Barajas, de paso para un tentadero en el Norte, donde desde





—¡Y quiere dejar de serlo el hombre...! —le dije yo al maletero, un muchacho que toreó una vez en Vista Alegre, no sé si ustedes se acordarán de él, «Finito de Orcasitas»; yo lo puse muy bien en la crónica, y el hombre no lo olvida y ahora, que se busca la vida como maletero en Barajas, siempre me ofrece sus servicios.

Cogimos para dentro y empezando a bajar las escaleras para salidas de nacional, a Paco Camino que me encuentro. El, muy correcto, se acercó a saludarme:

—¿Tú por aquí, Paco? ¿Pero no estáis ahora recogiendo la aceituna en Andalucía? —le dije yo.

—Sí, don Curro, pero es que he venido a esperar a un amigo...

—Ya, algún hombre de negocios taurinos de América...

—¿Qué va, don Curro! Na de eso. A Fraga Iribarne...

A mí se me cambió el color. Al Niño Sabio de Camas lo imaginaba de cualquier forma, mano a mano con Palomo en América, mojándole la oreja a Puerta, de empresario por allí abajo por sus tierras andaluzas. Pero ¿amigo de un político? ¿Así estamos, que los toreros se dedican a la política? Si los toreros no han hecho más política que la de brindar los toros y subir al palco, ¿cómo es que el Niño Sabio se dedica a estas cosas? Yo sabía que Fraga tenía un equipo político, pero no una cuadrilla, y que llevaba a Camino de peón de confianza.

A este revistero, pues, no le extraña que Paco Camino no quiera hacer la América. No quiere ir por culpa de Fraga. El Niño Sabio es



que llegó Domecq a la Rioja y Rumasa a Paternina se están poniendo de un señorito de Jerez que no se puede aguantar, como dice una bailaora hija de un amigo mío que está liada con un empresario (la bailaora, no el amigo mío, que es de la Adoración Nocturna el pobre, un caballero, pero la hija le ha salido folklórica y todo se le va en hacer locuras, como la Pastora antes de que conociera al Gallo). En Barajas, como les iba contando, se encontró este revistero un cierto alboroto.

—Es que viene Fraga de Londres —me dijo el maletero.

—¿Fraga, quién apodera a ése? —le pregunté yo.

—No, don Curro, no es un torero. Es un ex ministro...

muy listo y muy leído, y se ha acordado de don Luis Mazantini, que llegó a gobernador civil. Pero no se ha acordado de aquel viejo picador de Juan Belmonte que llegó a alcalde de pueblo. Un día, un amigo de Juan le preguntó en la tertulia.

—Juan, ¿cómo ha llegado Fulano, que fue picador tuyo, a alcalde?

Y Juan le respondió:

—Pues, ¿cómo va a ser? Degenerando... ■ **CURRO TALEGUILLA.**

España, país casto

Cierto concejal del Madrid prebélico propuso una vez que el Ayuntamiento madrileño importase tigres de Timor (los mejores que hay, hasta el punto de que cuando los señores feudales malayos querían eliminar de verdad a un enemigo lo llevaban a Timor bajo escolta y allí lo echaban a los tigres: no quedaba de él ni los huesos) para soltarlos por el Retiro y así espantar a las parejas que buscaban en sus sombras protección a sus amores.

Un viejo alcalde, o gobernador, no recuerdo, de Madrid, don Millán Millán de Priego, allá por los tiempos de Primo de Rivera, impuso durante una temporada que en los cines de Madrid los hombres se pusiesen a un lado del patio de butacas y las mujeres al otro; las parejas casadas podían estar juntos en el fondo, pero con unas luces que iluminaban constantemente cualquier cosa que se les ocurriese hacer.

España, está visto, es un país casto, o, por lo menos, lo era, pero la castidad, como la justicia, no sólo ha de ser practicada, sino que es preciso que se vea que está siendo practicada. Y es que si no Dios sabe lo que puede pasar.

Ahora las cosas se están equilibrando de una manera sorprendente, sobre todo de Toledo para arriba; de Toledo para abajo quedan resabios morunos residuales, y hay cosas que sólo se resuelven a

